

EDUCACIÓN SOCIOEMOCIONAL EN LA ESCUELA: **¿ALGO FALTA EN LA EDUCACIÓN?**



Amanda Céspedes*

* Amanda Céspedes: Médico Neuropsiquiatra Infantil U. De Chile. Postgrado U. Degli Studi de Turín, Italia. Desarrolla y promueve el conocimiento del cerebro infantil aplicado a la educación. Escritora.

EDUCACIÓN SOCIOEMOCIONAL EN LA ESCUELA:

Las consecuencias sociales de la pandemia sobre la población, con su elevada cuota de quiebres en el ámbito emocional y social en todos los tramos de edad y transversales a todos los niveles socioeconómicos, han relevado la necesidad de poner el énfasis en la gestión temprana y sólida de las emociones y en consolidar también tempranamente los recursos sociales que permiten una sana convivencia. Los expertos en el tema han destacado como imprescindibles tanto los recursos intrapersonales, como conciencia de sí mismo, autocontrol y toma responsable de decisiones como los recursos interpersonales, entre los que se relevan la conciencia social y las habilidades relacionales. Para el logro efectivo de estas metas, niños y adultos deben adquirir y aplicar conocimientos, actitudes y habilidades en todos los ámbitos donde se despliega su vida comunitaria. Resulta fácil colegir que los objetivos de la educación socioemocional y su aplicación a la vida deben ser transversales a la familia, a la educación de párvulos, a la educación escolar, a la educación de adolescentes y a todos los espacios donde se desenvuelve cotidianamente la vida de niños y adolescentes.

Esta forma de mirar la educación emocional y social trasciende esa mirada focalizada en el aula, incorporando a todos los actores que tienen el papel de acompañantes de los niños, un acompañamiento intencionado dirigido a que vayan floreciendo integralmente. Sin embargo, si nos situamos en el momento social actual, marcado por la complejidad (rayana en el caos), la aceleración de los fenómenos y la incertidumbre frente a lo que está por venir, creemos que aún faltan elementos en una ecuación que se presenta como impostergable. Esos elementos faltantes pueden significar que las acciones no produzcan los cambios deseados. Uno de estos elementos es el bagaje biológico al servicio de lo socioemocional que poseen todos los niños desde que nacen y que la mayoría de los adultos desconoce; el otro es el enorme valor de la espiritualidad, ese encuentro del yo con las dimensiones sagradas de la existencia. Ambos elementos, el bagaje de recursos biológicos y el bagaje de recursos de conexión profunda y vital con lo sagrado están presentes en los niños desde que nacen, pero han sido sistemáticamente ignorados por una educación centrada en lo pragmático y la racionalidad.

Cuando los adultos identifican el enorme potencial biológico que posee el niño desde que nace -y muy especialmente durante los primeros 5 años de la vida- para buscar activamente la armonía emocional y las interacciones vinculares en sí mismo y en su entorno, “inundándolo de amor”, pueden convertirse en verdaderos educadores, porque se disponen a enriquecer un potencial que está floreciendo tímidamente. A partir de los 7 años el vertiginoso desarrollo psicolingüístico se pone al servicio de la capacidad reflexiva y los niños abrazan con entusiasmo el deseo de servir, están dispuestos a ser bondadosos, compasivos y auténticos, en la medida que sean acompañados por adultos sabios. El dilema es que se sigue sosteniendo que los niños deben “adquirir” recursos de gestión emocional y que el llamado a entregar esos recursos es el adulto, pero no se le prepara adecuadamente y se le mantiene ajeno a poder vislumbrar el prodigioso potencial que el niño ya trae al nacer.

Y sorprende que en este momento histórico mundial, caracterizado por profundos cambios sociales en los cuales los adultos se dividen entre quienes aceptan las rupturas de todo tipo y se animan a adentrarse en lo incierto y quienes se aferran a sus bastiones de certeza, en el énfasis colocado en la educación socioemocional esté ausente la dimensión espiritual, esa conexión natural y profunda con lo sagrado, con el misterio en el que se originan todas las cosas, conexión que el niño menor de 5 años establece de modo inocente y pleno en su asombro frente a esas cosas.

Proponer una **educación socioemocional** exige menos certezas y mayor humildad; menos pragmatismo y más ideales y la valentía de **aceptar que el niño** pequeño es mucho más que la suma de dimensiones socioemocionales educables solo desde la praxis pedagógica. **Es un misterio al cual nos podemos acercar, pero sin vanidad.**